

Alicia Salmerón / Elisa Speckman

Alicia Salmerón. Maestría en historia por El Colegio de México. Investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora donde actualmente realiza un proyecto sobre grupos políticos porfirianos.

Elisa Speckman. Doctorado en historia por El Colegio de México. Investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Autora del libro *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (ciudad de México, 1872-1910)*, IHH-UNAM/El Colegio de México (en prensa); coeditora del libro *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, UNAM, México, 2001.

Resumen

Esta entrevista reúne una serie de recuerdos y reflexiones del historiador Jean Meyer que van desde su acercamiento a la historia de México y los temas de su obra personal, hasta las dificultades para recuperar la historia de los vencidos. Repasa en estas páginas las lecturas en las que formó su sensibilidad y con las que despertó a las preocupaciones históricas; reflexiona también sobre los cambios temáticos y, en general, sobre las transformaciones de la historiografía francesa en las últimas décadas, así como sobre su propio oficio de historiador.

Palabras clave:

Jean Meyer, cristiada, historia de los vencidos, historiografía francesa, Escuela de los Anales, oficio de historiador.

Abstract

This interview brings together a series of memories and reflections by the historian Jean Meyer, extending from his approach to Mexican history and his work to the difficulties in attaining a history of the vanquished. This paper discusses the readings which shaped his sensibilities and got him interested in historical problems. Meyer reflects on thematic changes and on the transformations which French historiography has gone through in the last decades.

Key words:

Jean Meyer, history of the vanquished, French historiography, Annales School, profession of Historian

Fecha de recepción:

agosto de 2001

Fecha de aceptación:

noviembre de 2001

Entrevista a Jean Meyer*

Alicia Salmerón

Elisa Speckman

La reinterpretación de la historia moderna y contemporánea de México pasa en buena medida por la recuperación de la visión de los vencidos. Pionero en esta dirección, el profesor Jean Meyer ha contribuido de manera fundamental a la comprensión del proceso revolucionario mexicano con el rescate de la guerra cristera. Su trilogía sobre la cristiada, al lado de *La revolución mexicana*, han sido piedras angulares del movimiento historiográfico "revisionista" de las últimas décadas.

Nacido en Francia y formado en la Sorbona, Jean Meyer se incorporó desde joven a la vida académica mexicana. Ha sido profesor de El Colegio de México y del Colegio de Michoacán, alternando su labor con algunas estancias en universidades francesas. De 1987 a 1993 fue director del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, dependiente de la Embajada de Francia en México, y actualmente es investigador del Centro de Investigación y Docencia Económicas.

Historiador de múltiples intereses, tras sus estudios sobre la revolución mexicana, se ha dedicado a recorrer la historia de todo el México independiente y ha escrito tanto sobre movimientos populares del siglo XIX como acerca de

figuras del pasado reciente. Entre sus muy numerosas publicaciones se cuentan *Problemas campesinos y revueltas agrarias: 1821-1910*; *Esperando a Lozada*; *A la voz del Rey. Una historia verídica*; *Los tambores de Calderón*; *El sinarquismo: ¿un fascismo mexicano? 1937-1947*; y *Samuel Ruiz en San Cristóbal*. Abierto también a la historia más allá de nuestras fronteras, en 1989 publicó su *Historia de los cristianos en América Latina. Siglos XIX y XX* y, en 1997, *Rusia y sus imperios*.

Para comenzar esta entrevista, queremos pedirle si puede contarnos algo sobre las circunstancias en que llegó a la ciudad de México y cómo fue que se interesó por la historia de este país.

Justo cuando acababa de terminar mi tesis de licenciatura, en el verano de 1962, me encontré un anuncio del primer vuelo chárter París-Nueva York en un pasillo de la Universidad de la Sorbona, recuerdo que costaba 550 francos y que partía el primero de julio para regresar el primero de septiembre. Quería conocer Latinoamérica y consideramos la posibilidad de viajar a Cuba. En esa época vivíamos el apogeo publicitario de la revolución cubana, la "fiesta cubana" como se le llamaba entonces y como se intituló un libro sobre el tema; ésa era la idea que compartían los estudiantes fran-

* Entrevista realizada el 5 de abril de 2001.



“Mi papá también era historiador, profesor de liceo y, hacia el final de su vida, profesor de universidad”. El maestro... Meyer, padre de Jean Meyer, en Moscú, al pie del Kremlin. Fuente: Colección particular de Jean Meyer.

ceses que, con mucho entusiasmo, veían al movimiento como la primera revolución humanista de la historia, pensaban que no tenía nada que ver con el terror de la revolución francesa o la represión de los bolcheviques y que, por primera vez, habían coincidido humanismo, democracia y revolución. Un compañero de generación, Régis Debray, viajó a Cuba, se hizo amigo del Che Guevara y de Fidel Castro, y aquello marcó su trayectoria futura. No recuerdo por qué un compañero filósofo y yo optamos por México, creo que se trató de algo accidental, quizá un asunto de visas, pues de este país sólo teníamos una idea vaga, producto de las películas de vaqueros y, sobre todo, de la que Elia Kazán filmó sobre Zapata, con la actuación de Marlon Brando. Al llegar a Nueva York compramos un coche usado y viajamos por México durante dos meses. Me gustó tanto que decidí regresar, aun sin saber cómo lo haría.

Al volver a Francia inicié mi tesis de maestría, destinada a especializarme en la historia de Estados Unidos. Mi director era Pierre Renouvin, titular de la cátedra de Historia de las Relaciones Internacionales e interesado en fomentar los estudios sobre ese país, pues en Francia prácticamente no existían. Elaboré una tesis sobre un comité senatorial norteamericano, creado después de la primera guerra mundial, y buscaba comprobar que Estados Unidos había entrado en el conflicto a raíz de las presiones del *lobby* capitalista, de los banqueros que le habían apostado a la democracia y a la industria armamentista.

Cuando concluí la maestría y los cursos del doctorado, debí elegir tema para la nueva tesis. Entonces opté por el es-

tudio de México y, por el ambiente que se vivía en la época, elegí trabajar la revolución. Con esa decisión decepcioné a mi antiguo maestro que hubiera querido que continuara con la historia de Estados Unidos. En fin, con esta nueva idea en mente, asistí durante un año al seminario de investigación dirigido por Pierre Chaunu, un gran profesor dedicado todavía entonces a la historia colonial de América Latina. Chaunu es un gran conocedor del tema, aunque a sus 80 años de edad jamás haya visitado el continente americano; cuando le preguntaban por qué no sentía la necesidad de conocerlo, él respondía: “Yo estudio el siglo XVI y no puedo trasladarme a él, estoy más cerca del siglo XVI en los archivos y en mi cabeza que viajando, por ejemplo, a un México que ya no es la Nueva España”. En aquel seminario presenté un proyecto de investigación sobre el zapatismo, sin saber que en ese momento un desconocido estudiante norteamericano, John Womack, empezaba a estudiarlo. Sin embargo, pronto cambié de idea por consejo de otro asistente al seminario, el padre López Moctezuma—después excelente profesor de la Universidad Iberoamericana. Durante una de las sesiones me comentó que, efectivamente, sobre Zapata faltaba mucho por decir, pero que existían ya algunas contribuciones a su estudio, como el libro de Jesús Sotelo Inclán, mientras que otros actores y procesos de la revolución seguían en blanco y uno de ellos, completamente virgen, era el movimiento cristero, es decir, la lucha armada de los católicos. Añadió: “Si lo que a usted le interesa es el estudio de los campesinos en la revolución, ahí tiene un movimiento *sui generis*, casi des-

conocido". Pierre Chaunu apoyó su idea con entusiasmo y argumentó que para conocer una sociedad, no había nada mejor que el estudio de la religión y, sobre todo, de la religión en un momento de crisis, pues la persecución obliga a la gente a definirse. Me encantó la idea y empecé mi tesis doctoral.

Fue así como en 1965 regresé a México, ya no como turista. Mis profesores franceses –Fernand Braudel y Jean Baptiste Duroselle–, me habían contactado con Silvio Zavala, entonces presidente de El Colegio de México, que viajaba seguido a París porque también era miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO. A invitación suya, me incorporé como profesor visitante a El Colegio y, a mis 23 años de edad, impartí un curso en la maestría de historia –sobre la nueva historia social a la francesa, la de los *Annales*– a una generación de estudiantes que tenía prácticamente mi edad y a la cual pertenecían Andrés Lira, Hira de Gortari, Vicky Lerner, Elsa Malvido, Guillermo Palacios y Bernardo García. Ellos fueron mis primeros alumnos y mis primeros amigos mexicanos. Durante cuatro años tuve a mi cargo esta cátedra y otra en la licenciatura de Relaciones Internacionales, donde tuve como alumnos a Soledad Loaeza, Luis Medina, Claude Heller, Luciano Joubanc... estos dos últimos son actualmente embajadores, uno en Francia y otro en Rusia. Algunos miembros de la generación de diplomáticos de hoy en día fueron mis alumnos de esa época. Además impartía un curso en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, ahí aprendí mucho sobre la política mexicana, pues me tocaron va-

rias huelgas y el movimiento golpista contra el rector Ignacio Chávez.

Mi tiempo libre y las vacaciones –pues en todos esos años no regresé a Francia–, los aprovechaba para investigar sobre la cristiada. Pierre Chaunu me advirtió que no encontraría archivos sobre el tema y que debía trabajar como periodista o como antropólogo, llevando la grabadora al hombro; como modelo me regaló el libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*, que se había publicado en Francia antes que en México. Así sucedió. En esa etapa viajé por todo México haciendo entrevistas, reuniendo el material. Por cierto, cuando defendí la tesis doctoral hubo quien cuestionó esa forma de trabajar, pues en esa época la historia oral todavía no era una disciplina reconocida. Fue Pierre Vilar quien me cuestionó, durante mi examen profesional sostuvo que se trataba de un trabajo periodístico, de alto nivel, pero periodismo al fin y al cabo...

En Francia cuestionaron su método de trabajo, pero imaginamos que en México habrán cuestionado el tema mismo de la investigación. ¿Cómo fue recibida aquí la idea de trabajar la cristiada en aquellos años?

Me encontré con dos reacciones muy diferentes. Empecemos por la positiva. En aquel momento El Colegio de México se encontraba en pleno auge, en una etapa de gran productividad y dinamismo, con un grupo de investigadores como José Gaos, José Miranda, Rafael Segovia, Antonio Alatorre, Mario Ojeda, Luis González o Margit Frenk. A pesar de que yo era más joven, me recibieron como amigo y me introdujeron no sólo a la

institución sino al país, además de que apoyaron mi proyecto de forma entusiasta. Casi enseguida Luis González me invitó a su pueblo, que había sido enteramente cristero, y tuve que incursionar de lleno, casi improvisando, en la técnica de la entrevista; debí vencer la timidez, no solamente del entrevistado sino la del propio entrevistador y enfrentar el problema del lenguaje —el español lo estaba apenas aprendiendo, pues las clases en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México las dictaba en francés. Luis González también me presentó a Juan Rulfo, a quien la cristiada le pareció un tema de investigación fabuloso, me animó muchísimo y me abrió perspectivas que nadie había visto. Al hablar de guerrilla generalmente pensamos en hombres, pero Rulfo sostenía que sin la mujer no habría habido cristiada, decía que ellas no sólo participaron llevando comida, sino que empujaron e incluso, obligaron a los hombres a levantarse en armas. Es una idea interesante y en buena parte cierta. Bueno, ésa fue la reacción positiva.

La reacción negativa provino de personas como Silvio Zavala. La respuesta de Zavala puede explicarse por su postura institucional, pero también en razón de una profunda convicción de historiador. Como presidente de El Colegio de México, pensaba en la reacción que podría haber por parte del gobierno mexicano ante una investigación de tema tan polémico y que tocaba una herida fresca. En 1965 todavía era reciente el conflicto entre la Iglesia y el Estado, pues la paz religiosa se había obtenido hacía tan sólo 25 años —entre 1938 y 1940, durante los últimos años

de la presidencia de Lázaro Cárdenas y los primeros de Manuel Ávila Camacho. Además, como todos los hombres de su generación, Zavala había vivido el enfrentamiento. Por ello consideraba que era un asunto demasiado caliente, y que había que dejar que se enfriara antes de estudiarlo. Como he dicho, su respuesta obedeció a su posición en El Colegio de México y a su relación profesional con el gobierno mexicano, así como a una visión de la historia. Pensaba que sólo puede generarse conocimiento histórico si existe una distancia respecto al tema de estudio, y que se requieren siglos para lograrla. Consideraba imposible estudiar la cristiada cuando todavía vivían muchos de sus actores. Creía que era prematuro incluso escribir la historia de la guerra de Castas en Yucatán, cuando ya había pasado más de un siglo... Por ello insistió en que cambiara de tema. Pero a esas alturas yo ya no podía renunciar, ya estaba entusiasmado y había probado el contacto con los testigos, además de que me había estimulado el apoyo de gente como Luis González y Juan Rulfo. Mi decisión dificultó la relación con don Silvio, pero luego nos reconciamos...

¿Además de esta oposición encontró obstáculos de otro tipo?

El problema fundamental fue la imposibilidad de acceder a los archivos; no sirvieron ni las recomendaciones francesas ni las mexicanas. Los acervos de la Iglesia estaban cerrados, y creo que en lo relativo a la cristiada aún lo están. Hace algunos años supe que Oscar Mazín participaba en la catalogación

del archivo de catedral –yo ya había concluido mi investigación sobre el conflicto religioso, pero me interesaba comprobar si me había equivocado en mis extrapolaciones–, y le pedí que me avisara si encontraba algún fondo relacionado con el tema, me contestó que no había visto absolutamente nada. Sé que existe documentación, por lo que imagino que se encuentra en otros fondos, posiblemente en los de la calle de Durango. Tampoco pueden consultarse los materiales del Archivo del Vaticano, pues sólo se permite el acceso a documentos anteriores a 1922; el nuncio Justo Mullor, con el cual tuve muy buenas relaciones, me ofreció conseguirme el permiso para entrar, pero no fue posible. En cuanto a los archivos del gobierno mexicano, María del Carmen Velázquez, que sucedió a Luis González en la Dirección del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, tenía buenas relaciones en la Secretaría de la Defensa Nacional y muy gentilmente me consiguió la entrada al archivo –lo cual no era nada fácil en aquel entonces. Entré entonces para trabajar a Manuel Lozada y su movimiento del siglo XIX en Nayarit. También solicité información sobre la cristiada, pero a este respecto, el secretario de la Defensa me dirigió una amable carta comunicándome que no existía ni un solo documento sobre el tema. Pero sí los había, muchos años después el general Luis Garfías, en su calidad de director del archivo, me enseñó un galeón con más de 250 cajas con papeles de la campaña cristera.

A falta de documentos oficiales tuve que dirigirme a particulares. Al hacerlo se me abrieron dos vertientes: los ar-

chivos privados, que a veces constaban de un par de fotografías y tres cartas conservadas en una cajita de zapatos, pero que en ocasiones eran verdaderos tesoros, como el de Miguel Palomar y Vizcarra. Don Miguel era un señor nonagenario, pero con la cabeza muy lúcida, guardaba muchísimos documentos en su casa y, de forma muy generosa, me permitió consultarlos –ahora el acervo está en el Centro de Estudios sobre la Universidad, pues Palomar y Vizcarra no quería que pasara a manos de la Iglesia ni del Estado y apostó por la autonomía de la UNAM. La segunda vertiente fueron las entrevistas, la historia oral. Esta técnica definitivamente cambió la perspectiva de mi trabajo, porque de manera inevitable uno se identifica con el testigo, ésta es una de las características de la historia oral y sería un gran problema si el investigador no estuviera consciente de ello y no lo advirtiera a sus lectores.

¿Alguno de estos problemas condicionaron la edición de su tesis o determinaron que se publicara bajo el sello de la editorial Siglo XXI?

En esa época las tesis doctorales francesas eran enormes, pues se empleaban años de trabajo. Así sucedió con la mía, tras siete años de investigación escribí alrededor de 2 200 cuartillas, y pensé que ningún editor se interesaría en publicarlas. Pierre Chaunu me recomendó que platicara con Pierre Nora, director de la Colección Biblioteca de las Historias de la prestigiada editorial Gallimard, pues creía que en ella podría entrar mi trabajo. Nora me propuso otra colección, que en su época fue realmen-

te muy innovadora y que se llamaba Archivos. Se trataba de reunir documentos y comentarlos y de elaborar una presentación. El truco fue seleccionar y repartir los textos con el fin de lograr algo más que una antología documental, es decir, construir un discurso con base en documentos. Jacques Revel —el actual director de la Escuela de Altos Estudios de París—, prácticamente me hizo reescribir aquel trabajo tres veces, pero dándome excelentes consejos. El resultado fue un librito llamado *Apocalipsis y revolución en México*, al que le tengo mucho cariño. Al mismo tiempo envié mi manuscrito a Cambridge y tuve la suerte de tener un dictaminador fabuloso, nada menos que a Eric Hobsbawm. El marxista Hobsbawm, con sus estudios de *Rebeldes primitivos* y su interés en la historia de los movimientos sociales, se entusiasmó con mi obra y sin conocerme opinó que había que publicarla a toda costa, pero en una versión de 600 cuartillas, y por supuesto la escribí. El libro salió bajo el título *La cristiada* con el subtítulo de *La Iglesia, el Estado y el pueblo en la revolución mexicana*; apareció primero en Inglaterra y luego se editó en Francia.

Al regresar a México, en 1973, Luis González y Antonio Alatorre consideraron que mi trabajo debía publicarse aquí y, pensando que ninguna institución académica lo haría por evitar roces con el gobierno, Luis González me propuso dirigirme a Siglo XXI. Esta editorial había surgido justo tras un conflicto con el gobierno: Arnaldo Orfila, su director, había sido expulsado del Fondo de Cultura Económica con motivo de la publicación de *Los hijos de Sánchez* una obra que desde el gobierno se con-

sideró no sólo de izquierda sino transmisora de una visión denigrante de México. Yo les contesté: “Pero ésa es una editorial marxista y yo le estoy haciendo la barba a un movimiento popular, contrarrevolucionario o por lo menos religioso”. Finalmente llevamos el mamotreto y Orfila, olvidándose de sus preferencias ideológicas, y yo creo que dejándose guiar por su olfato editorial —que no cabe duda era grandísimo—, dijo que lo publicaría, pero reducido. Se me ocurrió podar los anexos documentales, sintetizar los antecedentes y redistribuir el material con el fin de tener, en lugar de tres tomos, tres libros cuya lectura sería necesaria para el lector interesado, pero que a la vez guardarán cierta autonomía entre sí. La propuesta fue aceptada y el proceso fue muy rápido: a los seis meses salió el primer tomo, con una excelente traducción de Aurelio Garzón del Camino, y al año siguiente salieron a la luz los dos restantes. Contenían aproximadamente 1 500 cuartillas de la tesis. La obra va en su vigésima edición, se trata de tirajes de 1 000 o 2 000 ejemplares, pero que salen prácticamente cada año.

La recuperación de la historia de los vencidos es siempre difícil y su libro sobre la cristiada abrió camino para el caso del periodo revolucionario, si bien todavía falta mucho por hacer. El siglo XIX, en cambio, ha corrido con menos suerte y el estudio de las fuerzas “conservadoras” se encuentra todavía bastante castigado. ¿Cómo podríamos explicar el olvido de los vencidos a siglo y medio de distancia?

La nómina de héroes y villanos que conforman la historiografía liberal, que to-



“Por ello insistió en que cambiara de tema. Pero a esas alturas yo ya no podía renunciar, ya estaba entusiasmado y había probado el contacto con los testigos...”. Luchadores cristeros al pie del Cerro del Cubilete, en 1969. Fuente: Colección particular de Jean Meyer.

avía no pierde su vigencia, se construyó en los primeros años del porfiriato. Don Porfirio creó el mito de Juárez. De manera muy hábil, muy inteligente, deificó a su adversario y se escondió detrás de él y, con ello, de cierta manera, se volvió invisible. Por supuesto, la deificación de Juárez y de otros liberales corrió paralela a la conformación de una galería de malos, en la cual Iturbide ocupó el primer lugar y los imperialistas las últimas plazas. Ésta era la lista al estallar la revolución y por cierto que pasaron algunos años antes de que el propio Porfirio Díaz pasara a formar parte de ella. Cuando Díaz abandonó el país lo hizo con todos los honores y no hubo diatribas antiporfiristas ni en tiempos de Obregón ni en los de Calles. Es más, Álvaro Obregón le tenía una admiración enorme y decía que el único defecto de Díaz era haber llegado a viejo, por supuesto le perdonaba la reelección. Así, el antiporfirismo data de los años treinta, de la época de Lázaro Cárdenas, sólo entonces se sumó Porfirio Díaz a la galería de malos construida por él mismo.

El rescate de los derrotados está comenzando, pero el de algunas figuras o etapas encontrará menos obstáculos, por ejemplo, el de los imperialistas y la época del segundo imperio. En este sentido la tesis doctoral de Erika Pani sobre los imperialistas constituye una señal, el pistoletazo que marca el inicio de una carrera. Considero que en los próximos años, los académicos aceptarán que el segundo imperio no estaba necesariamente destinado al fracaso, pues en la misma época en Bulgaria y en Grecia prosperaron monarcas extranjeros que salieron de la misma y enorme cuna

germánica, proveedora de príncipes para todos los tronos vacantes. Asimismo, los imperialistas van a dejar de ser vistos como traidores y se va a reconocer la presencia de muchos liberales en los primeros gabinetes de Maximiliano, de muchos miembros del ala liberal moderada, que era finalmente la mayoría.

Sin embargo, el rescate de otras etapas o de otras figuras será más difícil. Creo que así sucederá con el porfiriato, pues el México actual se legitima a partir de la revolución mexicana. Quizá también porque nuestro antiporfirismo es muy reciente. Pero además, dentro del propio porfiriato, será más fácil el rescate de lo económico e, incluso, de lo social. La historia económica ha rehabilitado esta etapa y reconocido los aportes a la modernización del país; en el plano de la historia social se está eliminando la leyenda negra en torno a los hacendados y a los capitalistas porfirianos, al compararlos con los empresarios de otras naciones en la misma época y a lo largo de todo el siglo. El nivel de lo político, en cambio, es más delicado. La historia política no se puede tocar porque para la leyenda dorada de la revolución mexicana se necesita un antiguo régimen malo, y si ese antiguo régimen malo no lo es en lo que toca a lo económico y lo social, pues entonces hay que aferrarse a lo político. En ese sentido se continuarán estigmatizando figuras y prácticas políticas.

Contrariamente a lo que se piensa, estoy convencido de que en este sexenio no se reescribirá la historia ni se rescatará a don Porfirio. Si sus huesos siguen en París —que probablemente estén más bien en Oaxaca— no serán repatriados. Porfirio Díaz seguirá encarnando lo

malo y ejemplificando a la antidemocracia; cuando mucho se va a decir: “Don Porfirio y el PRI eran la misma cosa” o “el PRI reprodujo toda la maldad del sistema político del porfiriato, el PRI fue un porfiriato modernizado”. Tampoco sucederá lo contrario, es decir, el entierro de los héroes liberales. El presidente Vicente Fox, de manera muy inteligente, ha rescatado a Juárez, cerrando el paso a la corriente panista que empezaba a cambiar los nombres de las calles o a quitar estatuas de don Benito. Creo que, de igual forma, obstruirá la santificación —que yo calificaría de imprudente— de algunos paladines o campeones del conservadurismo religioso del siglo XIX. En fin, considero que el estudio y rescate de la política porfiriana encontrará más resistencia que los trabajos sobre el segundo imperio, Santa Anna e incluso Iturbide. Igual pierdo mi apuesta, pero no cabe duda de que la historia política es la más delicada, porque es la que cuaja, es la que queda en el inconsciente colectivo.

Durante muchos años se dedicó usted a estudiar movimientos sociales en México y en América Latina —movimientos religiosos y milenaristas—, ¿qué preocupaciones lo han llevado ahora a reorientar su trabajo hacia una historia de los países de Europa del Este, de Rusia en particular?

Desde chico tuve gran fascinación por los pueblos eslavos y, en particular, por Rusia. Quizá en esto haya un trasfondo familiar. Mi familia toda es de Alsacia —yo soy el primero que nació fuera de esa provincia; pero a consecuencia de la guerra, de la reanexión de Alsacia y Lorena a la Alemania de

Hitler, mis padres tuvieron que salir y huyeron lo más lejos posible hasta llegar al Mediterráneo, hasta toparse con el mar. Ahí se instalaron y ahí se quedaron. Recuerdo que mi abuelo me decía: “Acuérdate siempre que en el Reichstag —el Parlamento del tiempo del imperio de Guillermo, antes de la primera guerra mundial—, los polacos y los alsacianos siempre votamos juntos y siempre votamos en contra, y acuérdate que cada vez que se abría una nueva sesión parlamentaria, ésta empezaba con la protesta solemne de los diputados polacos y alsacianos, recordando que la anexión se había hecho en contra de la voluntad de sus pueblos”. Creo que en el antigermanismo visceral de mi familia, al lado de su patriotismo francés, había una gran simpatía por Rusia y por otros pueblos de la Europa del este, y que yo la recibí como herencia.

También algunas lecturas que hice cuando era niño me despertaron gran entusiasmo por Rusia, como *El correo del zar*, de Julio Verne, del cual hasta la fecha recuerdo algunos pasajes de memoria. En la secundaria quise aprender ruso, pero no hubo oportunidad. Cuando en la escuela tuve que estudiar un idioma extranjero, cursé primero alemán, porque mis papás decían: “Hay que conocer el idioma del adversario”; después estudié inglés, pues para entonces no había instructor de ruso en el liceo... Me quedé con la nostalgia del ruso y muchos años después —durante un año sabático que pasé con mi familia en Francia, en 1986—, me puse a aprenderlo por mi cuenta, con cintas, libros y periódicos.

Mi interés infantil por Rusia continuó cuando ingresé a la universidad,

entonces ya por motivos políticos propios. Yo participaba en la izquierda estudiantil y en las discusiones filosóficas con los marxistas, con los comunistas, el tema de la Unión Soviética era motivo de debate permanente: desde la entrada de sus tanques en Berlín en 1954 y el aplastamiento de la revolución húngara en 1956, hasta su entrada a Praga en 1968. Más tarde, ya como profesor de historia contemporánea, también tuve especial preferencia por temas de historia y literatura soviética, aunque ya me había especializado en historia de México.

Cuando en 1987 me invitaron a dirigir el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia en México —un puesto directivo al que nunca había aspirado, pero que acepté por la posibilidad de trasladarme de Zamora a la ciudad de México, como convenía entonces a mi familia—, pensé que era el momento de abrirme a nuevas líneas de investigación. Tenía entonces ya veinte años de dedicarme a la historia de México y, con la excepción del libro de *Historia de los cristianos en América Latina*, me encontraba encerrado en los mismos temas. Decidí que para quitarme el sambenito de la cristiada, de la revolución mexicana y de Manuel Lozada, debía mirar hacia la historia de otros países. Estudiar América Latina como una unidad, era una posibilidad, pero no me convenció porque su realidad es muy diversa, y a lo más que puede aspirar un latinoamericanista hoy en día es a conocer bien la historia de un par de países, y si tenía que hacer el esfuerzo de pasar al estudio de Colombia o de Brasil, pues mejor me brincaba de una vez

a Rusia, de la que nunca me había olvidado.

De todos modos, la historia de México y los temas de historia religiosa no han dejado de perseguirme. Aunque uno haga planes no siempre los puede seguir al pie de la letra. Por ejemplo, jamás hubiera pensado siquiera en escribir sobre Samuel Ruiz, pero recibí una invitación para hacerlo y la acepté. También acabo de entregar un manuscrito sobre los oficiales franceses que participaron en la intervención en México, un trabajo que tampoco estaba previsto, otro “accidente”, producto de un año sabático en París que me dio la oportunidad de trabajar los archivos militares de la intervención. Y luego tengo todos estos archiveros, con información que no he aprovechado, tanto para el movimiento de Lozada como para una historia que quiero escribir un día sobre la vida cotidiana de los sacerdotes en el siglo XIX mexicano. De manera que si realmente mi nuevo interés es hacia Rusia, Europa Central y los Balcanes, al mismo tiempo, nunca he dejado, y creo que nunca podré dejar, la historia de México.

Nos contaba usted que a su llegada a México tuvo oportunidad de dar un curso sobre la historiografía francesa de los Annales, corriente muy novedosa en aquellos años. ¿Podría hablarnos sobre cómo ha visto los cambios en las formas de hacer historia de entonces hasta hoy en día?

Creo que los cambios en las formas de hacer historia han ido muy rápido. Antes que nada, habría que decir que estos cambios se dan después de otros a nivel de los temas de estudio, y que las

mudanzas temáticas se dan con una velocidad asombrosa. En una vida profesional —en cuarenta años, podríamos decir—, a mí me ha tocado asistir a varios. En los años de mi formación asistí al combate de retaguardia y a la derrota de cierta forma “clásica” de hacer historia, que era la llamada historia positivista o *événementielle*. Me tocó ver, si no el nacimiento —porque cuando yo nací ya Marc Bloch y Lucien Febvre estaban en la brecha—, sí la ofensiva y, finalmente, la victoria de la llamada Escuela de los *Annales*.

Entre los diez y doce años de edad, conocí a algunos historiadores que eran amigos de mi papá —que también era historiador: profesor de liceo y, hacia el final de su vida, profesor de universidad. Jean Vidalenc y Pierre Guiral venían a veces a casa, con otros compañeros suyos, así como George Duby, que vivía en la misma ciudad que nosotros —en Aix, en Provençe. En pláticas de sobremesa me tocó escuchar discusiones entre los historiadores que defendían la escuela positivista de la Sorbona tradicional y los que defendían la historia económica y social que se hacía ya en la Escuela de Altos Estudios de París —que se llamaba entonces la Sexta Sección y no *École des Annales*, como ha pasado a la historia—. De este modo, puedo decir que me tocó todavía ver la cola de la historia positivista, su derrota y el triunfo de la Escuela de los *Annales*. Pero de igual manera me ha tocado presenciar su transformación.

La corriente de los *Annales* ha persistido por una generación, de entre veinte y veinticinco años. No podríamos afirmar que esta Escuela haya perdido sus posiciones en el campo de la histo-

ria, posiciones casi políticas me atrevería a decir —control de revistas, de cátedras y una gran influencia internacional—, sin embargo, sus propios integrantes han abandonado la historia económica y social de los primeros años. En el seno de la Escuela misma ha renacido el interés por la historia política y militar, por la biografía y por las relaciones internacionales— los temas que Braudel había descalificado como “la espuma de la ola”, la pura superficie. Aunque entre paréntesis, habría que advertir que el mismo Braudel, en sus últimos trabajos, volvió a esa “*histoire événementielle*”.

Entonces, se puede decir que, en cuarenta años, me han tocado tres modas historiográficas y cada una ha tenido su momento victorioso. Así que me he vuelto un poco escéptico sobre esto de los cambios en las formas de hacer historia. Creo que nadie será nunca dueño de la razón; habrá victorias momentáneas y luego reacciones frente a ciertos tipos de historia que pretenden excluir a otros. Nunca podremos decir: “Ya llegamos y aquí nos quedamos”. Es un volver a tejer cada vez, un trabajo de Penélope, y cada generación volverá a vivir lo mismo: a plantear y replantear sus temas y metodologías. Nosotros tuvimos la suerte de vivir el flujo, el reflujo y otra vez la resaca de ciertas formas de hacer historia. Hay otras generaciones que han nacido y han muerto siempre en la misma escuela, y la diferencia que tenemos con respecto a ellas es que nosotros no podemos sentir la seguridad que ellos tuvieron, sabemos que es imposible tener la razón en el puño.

Podría hablarnos un poco sobre su oficio de historiador, su forma personal de trabajar. ¿Cómo se acerca a sus temas y organiza su trabajo?

Realmente creo que sería incapaz de hablar del oficio del historiador, soy demasiado empírico para eso, no tengo teoría, son el tema y las fuentes los que definen mi método de trabajo. No es lo mismo, por ejemplo, adentrarse en un tema totalmente inédito, sobre la base sólo de archivos —con todas las complicaciones que eso conlleva, incluyendo el trabajo con fuentes de historia oral—, que trabajar temas sobre los que hay tanto escrito como son los de la historia rusa. Mi libro sobre la cristiada es una cosa y *Rusia y sus imperios* es otra. De hecho, en *Rusia y sus imperios* no hay trabajo de archivo, sino el contacto de muchísimos años tanto con la gran producción historiográfica sobre el tema, como con la literatura y la cultura rusa. En este caso, es la experiencia la que le permite a uno aprovechar el trabajo de cien historiadores —que sería más o menos la base de mi libro—, sacar la miel de cada uno e intentar una reflexión propia.

En mi trabajo como historiador he tocado una gran variedad de géneros: historia social, agraria, económica, de las mentalidades e, incluso, en *La cristiada* he hecho algo de historia militar; he editado testimonios —grabaciones y escritos de cristeros— y armado colecciones documentales, como la que hice un poco al estilo del siglo XIX para la historia de Nayarit. La última experiencia que he tenido, la del trabajo biográfico de don Samuel, ha sido todo un reto como historiador: ha significa-

do moverse en un terreno, si no peligroso para mí, sí de mucha responsabilidad, porque tiene que ver con la política inmediata. La obra fue solicitada expresamente por la Conferencia Episcopal con el fin de hacerse una idea más precisa sobre el obispo, fue un libro de encargo. Se combinaron en esta investigación las dificultades del género biográfico y de la historia inmediata, con la responsabilidad moral de una obra que debía dar elementos para tomar decisiones políticas. Y hubo que salvar todos esos problemas en un tiempo muy corto.

En fin, sobre metodología no puedo decirles mucho, quizá sólo que sobre la marcha se hace el camino: hay que inventar nuevos métodos según las dificultades que uno enfrenta. Sobre este punto podría agregar que los resultados que uno alcanza nunca son del todo satisfactorios. Cuando se termina de escribir, queda la sensación de no haber acabado de decir todo lo que se hubiera querido, todo lo que se debería haber dicho sobre el tema: mucho se queda en el tintero, el terminar un libro viene a ser como cortar una flor, ésta se seca... Pienso que quizá la forma literaria ayude a salvar algo de este problema. Y también lo he intentado: escribí *A la voz del Rey*, que fue un ejercicio de rescate de un expediente de tres mil fojas del Archivo de Sevilla sobre un movimiento popular de enero de 1801, en Tepic; y *Los tambores de Calderón*, que se desarrolla en la misma zona, diez años después, y tiene como tema los noventa primeros días del movimiento insurgente que terminan justamente con la batalla de Calderón. En ambos ensayé una narración al estilo de la



El problema fundamental para la investigación sobre el movimiento cristero fue la imposibilidad de acceder a los archivos, pero a esta limitación fue salvada con archivos particulares y con historia oral. Jean Meyer, en 1975 en Jalisco, al lado de dos sacerdotes de quienes recibió un apoyo importante para su investigación. Fuente: Colección particular de Jean Meyer.

novela histórica, si bien no inventé ningún dato, claro está.

Para cerrar esta entrevista, nos gustaría preguntarle, ¿cuáles considera que son los libros fundamentales de nuestra época?

Creo que la respuesta a esta pregunta sería la de una biblioteca borgesiana. No podría contestar eso realmente, pero puedo hablarles de las lecturas en que yo me formé y de algunas obras que me han influenciado en lo personal, literatura principalmente.

Primero que nada, mis lecturas de la infancia: mis primeros recuerdos son los de unas ediciones para niños de *La Odisea* y *La Ilíada*, que leí en ese orden, por cierto; también entre mis primeras lecturas se cuentan una serie de libros que se llamaban *Cuentos y leyendas*, unos de la India, otros de Alsacia, del País Vasco o de Escocia... Quizá de ahí me vino el gusto por la historia. Luego vinieron Julio Verne, Rudyard Kipling —*El libro de la selva*, en especial—, Alejandro Dumas, Jack London... Hay una autora que sigue siendo *bestseller* hasta la fecha en Francia, una rusa, conocida como la condesa de Ségur —ella se casó con un conde francés, pero era hija del famoso gobernador de Moscú, Rostopshin, quien incendió Moscú cuando entró Napoleón. La condesa parece haber sido una abuela genial que inventaba historias para sus nietos y nietas, en donde ellos y ellas eran los personajes. Publicó como veinte novelas y creó con ellas un universo fabuloso, es como un Balzac. Esas novelas las leí todas y luego las han leído mis hijos.

En segundo lugar hablaría yo de la literatura rusa, que es para no terminar... Lo mejor en este caso sería decir que

toda la literatura rusa ha sido fundamental para mí. De entre los escritores anglosajones, William Faulkner tiene un lugar especial —mi gran ambición de joven era escribir historia, pero como Faulkner, con esa fuerza que lo caracteriza para rescatar a los personajes—, pero han sido importantes para mí igualmente Joseph Conrad, Graham Greene y Henry Miller. Si continuó mi relación por nacionalidades, de los franceses destacaría a Pascal, Balzac, George Bernanos, Louis-Ferdinand Céline y, más reciente, a Paul Valéry; de entre los alemanes y austriacos mencionaría a Goethe, Theodor Fontane, Ernst Jünger, Robert Musil y Hermann Broch. Polacos como Miloz y egipcios como Naguib Mahfouz también han sido lecturas principales. Hay un par de autores japoneses muy significativos para mí: Yasunari Kawabata y un escritor cristiano, Shusaku Endo, que tiene un libro increíble que se llama *Silencio*, sobre los mártires de Nagasaki. Por otra parte, están autores como el portugués Eça de Queiroz, o brasileños como Machado de Assis y Guimarães Rosa. No podría dejar de referirme a autores latinoamericanos como Jorge Luis Borges, Álvaro Mutis, Jorge Cuesta; y en particular de México: López Velarde, Octavio Paz, Gabriel Zaid y Jorge Ibar-güengoitia —con *Los pasos de López, Ibar-güengoitia* es para mí pariente de Luis González, el número uno entre los historiadores. Seguramente se me escapan lecturas principales en este rápido recorrido, pero éstas son algunas. Y como ven, al tratar de identificar libros que han sido fundamentales para mí, lo que viene a mi mente es literatura, una literatura internacional.

El cine y la música son tan importantes como la literatura. Soy un cinéfilo apasionado. Si bien ahora veo menos cine por falta de tiempo, tuve la suerte de estar en París en aquellos años en que en la Cineteca parisina se podían ver absolutamente todos los grandes clásicos del cine, desde las primeras películas hasta las de los años sesenta. Sin duda, el cine es parte de mi sensibilidad, tanto como lo es la música. En cuestión de música tengo gustos muy eclécticos, creo que con excepción de la música atonal o serial, todo me gusta: la música clásica, la religiosa, el jazz, los folclores, la tibetana, la árabe... no hay música, por más exótica que sea, que me deje indiferente. El cine y la música son dos culturas, yo diría culturas no nacionales, de modo que esa dimensión cosmopolita que hay en mi afición por la literatura se fortalece más aún con el cine y con la música.

Su sensibilidad como intelectual y como historiador ha sido marcada fundamentalmente por libros de literatura, según nos dice ahora. Entonces, ¿no hay libros de filosofía o de historia que hayan marcado su formación de alguna manera particular?

Efectivamente, creo que la literatura ha sido lo fundamental para mi forma-

ción, más que la historia misma. Para mí los libros de historia son más bien instrumentos de trabajo, no digo que no haya grandes libros de historia y que no me hayan marcado, pero son más como una cantera de donde uno saca todo lo que necesita... Por poner un ejemplo, últimamente he estado releendo a Marc Bloch, que me gusta muchísimo, y sin embargo creo poder decir que este autor no ha sido muy influyente en mi formación. Cuando me inicié en los estudios históricos el único libro suyo que leí fue su *Apologie pour l'Histoire* —conocido en México con el título de *Introducción a la historia*, publicado por el Fondo de Cultura Económica. Ese trabajo no lo publicó Bloch en vida, es un borrador, un proyecto; su obra histórica, textos como *Los reyes taumaturgos* —toda una anticipación de lo que llamamos historia de las mentalidades, historia profunda, casi podríamos decir psicoanálisis del inconsciente colectivo—, la leí muchos años después. Así es que no puedo presumir de que Bloch haya tenido una influencia formativa sobre mí en mis años mozos; ahora, que reciba yo su influencia hoy en día y que me dé un gusto enorme leer a Marc Bloch, ni duda cabe.